

Revista de Filosofía. Vol. 21, pp. 31-53, 1995

## Significación fenomenológica del espacio y del tiempo

### Phenomenal signification of space and time

*Ciro E. Schmidt Andrade*  
*Puerto Montt, Chile.*

#### Resumen

El trabajo pretende reflexionar sobre el espacio y el tiempo en tanto forma y significado fenomenológico en el existir concreto del hombre, en la vivencia fenomenológica. Asume así, una posición fenomenológica -existencialista-. Propone que espacio y tiempo no son sólo categorías del ser, por cuanto indican un más allá, no tematizable y, no obstante, dotan de un sentido.

Espacio y tiempo son unificadores. El espacio es la realidad de la extensión, ligado a lo material, el tiempo es la realidad de la in-tensión, de la significación y ligado más propiamente a lo material.

**Palabras claves:** Tiempo, espacio, fenomenología hermenéutica.

#### Abstract

This paper will provide some thought on space and time with respect to its phenomenal form and significance in the concrete existence of man, in phenomenal living. Thus it assumes a phenomenal-existential position. It proposes that time and space are not only categories of existence, but that they indicate something beyond, which is not thematic, but which possesses reason.

Space and time are unifiers. Space is the reality of extension, related to the material; time is the reality of the inward extension, of meaning, and is related and is more properly related to the material.

**Key words:** time, space, phenomenology, hermeneutic

**Realizado por:** Mercedes Iglesias

## Introducción

Nuestra época ha hecho de la historia uno de sus temas más destacados, tal vez porque nunca antes se había tenido una conciencia tan viva de la fugacidad de nuestro existir. Con ello, la reflexión sobre el significado del tiempo y del espacio han adquirido una especial relevancia.

El hombre se expresa en el espacio y en el tiempo, en la misma medida en que se desenvuelve en un mundo material que posibilita en gran parte su conocer. Por ello su experiencia nos acompaña siempre, aunque difícilmente podamos conceptualizarla, más allá de esa misma experiencia que, con dificultad, podemos decir temáticamente. Los significados de ambos conceptos son, con frecuencia, ambiguos y equívocos y, por lo mismo, cargados de muy diversas significaciones.

El espacio y el tiempo son las únicas dimensiones que al hombre le son dadas para conocer y diferenciar los objetos o componentes del universo del cual él forma parte; son las características capaces de individualizar o distinguir a las cosas o elementos materiales y a los campos o radiaciones energéticas<sup>1</sup> y ya ello es una forma de su expresión.

Pero, como modos de instalación del hombre en el mundo y como formas de expresión, abarcan todo su ser, y así, por ejemplo, la conversación es recogimiento, en el modo de la hospitalidad humana, para el cual deben crearse las condiciones "domiciliarias" de un tiempo (disponible) como de un espacio "aquietado y al margen del trajín"<sup>2</sup>.

Siendo modos de expresión de lo humano e insertos en su realidad más íntima, los puntos de vista para una reflexión en torno a ellos son múltiples, en los diversos campos del saber.

Es posible un estudio desde las ciencias, desde la psicología, desde la historia en particular y del desarrollo de la cultura en general o desde el punto de vista de la Filosofía, y aunque cada uno de ellos guarda con el resto una dependencia dialéctica, en un mutuo influjo que posibilita el avance de la reflexión, es claro que cada una de estas perspectivas es diversa. Incluso dentro del quehacer filosófico es posible, también, una diferenciación, cuando intentamos una aproximación cosmológica,

1 Akunate Phillips, Arturo: "Luz, Sombra de Dios", Editorial Universitaria, Stgo de Chile, 2. ed., 1983, p. 229.

2 Giannini Humberto: "La reflexión cotidiana" Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 2. ed., 1988, pág. 83.

gnoseológica o metafísica, y privilegiamos alguna de estas formas de acercamiento e interpretación de esta particular forma de instalación y de expresión del hombre.

Así, por ejemplo, en el análisis del espacio, las formas son múltiples. Desde el punto de vista psicológico se lo considera como objeto de la percepción y surgen diversas teorías que intentan explicarlo desde allí. Desde el punto de vista geométrico, se considera al espacio como "el lugar de las dimensiones", como algo continuo e ilimitado. Desde el punto de vista físico el problema del espacio se relaciona íntimamente con las cuestiones que se refieren a la materia y al tiempo. Desde el punto de vista gnoseológico, se lo examina en cuanto clase especial de las categorías. Desde el punto de vista ontológico como una de las determinaciones de cierto tipo de objetos y desde el punto de vista metafísico el problema del espacio engloba el problema más amplio de la comprensión de las estructuras de la realidad<sup>3</sup>. Y esta misma forma de acercamientos, con algunas variantes, se puede aplicar al tiempo.

Desde las ciencias, por ejemplo, y tratando de definir la tarea de la física, dice Max Planck que el físico tiene que medir todas las cosas mensurables y reducir todas las cosas inmensurables a mensurables<sup>4</sup>. Desde allí su forma de análisis de estas determinaciones.

El tiempo y las dimensiones espaciales alto, ancho y largo, resultaron así ser el efecto del fruto de las cantidades de materia o energía poseedoras de tales dimensiones, las cuales, por razón del nexo básico existente entre ellas, no podían variar independientemente la una de la otra. Al modificar el ritmo o el tenor del tiempo concerniente a un fenómeno o sistema material o energético, deben cambiar también, conjuntamente, las dimensiones espaciales adecuadas a ese tiempo. Si, por el contrario, son las dimensiones espaciales las alteradas, es el discurrir del tiempo a ellas unido el que debe modificar, relativamente, su andar<sup>5</sup>.

Kant, cuya reflexión es diferente por sus fundamentos, métodos y alcance, toma su respuesta de una visión filosófica y, en particular, desde las formas de conocimiento, por lo que, para él, espacio y tiempo son formas categoriales mediante las cuales las cosas y los sucesos de nuestra experiencia consciente son separados unos de otros y colocados en una ordenación de contigüidad y sucesión<sup>6</sup>.

3 efr Ferrater Mora José: "Diccionario de Filosofía" Edit. Sudamericana. Bs. As., Argentina, 1970, pág. 146.

4 Cassirer Ernst: "Antropología filosófica" Fondo de Cultura Económica, México, 4. ed. en español, 1965, pág. 257.

5 Aldunate Phillips Arturo, *op. cit.* pág. 229.

6 Lersch Philip: "La estructura de la personalidad" Editorial Scientia, Barcelona, 7. ed. española, 1966, pág. 487.

Nuestra visión también pretende ser diferente y centra su análisis en el aparecer concreto. Por ello no entraremos, por ejemplo, en el problema de las categorías de lo material de Aristóteles, ni en el problema de las categorías kantianas. Todos estos aspectos cosmológicos, gnoseológicos u ontológicos escapan al alcance de nuestra reflexión y, por lo mismo, accederemos a ellos sólo en forma tangencial.

Nuestra pretensión es intentar reflexionar sobre su forma y significación fenomenológicas en el existir concreto del hombre. Podríamos atrevernos a decir que intentamos alguna forma de metafísica existencialista, en tanto que hacemos referencia a la existencia de los seres en la realidad inmediata y, en particular, a la realidad inmediata del existir experiencial y vivencial del hombre. Así, buscamos la significación del tiempo y del espacio desde la vivencia fenoménica.

Cuando vivenciamos nuestro ser, incluso como aislado, lo hacemos no sólo en la dimensión espacial del mundo, sino también en el horizonte del tiempo, como algo efímero. Esa es nuestra forma de vivenciamos. El pensamiento contemporáneo, que en gran medida se ha centrado en el ser en cuanto existente concreto, se hace eco de este intento.

Por lo mismo, no intentaremos una historia del concepto y sólo haremos ocasional referencia a análisis anteriores. Nuestro intento se centra en su aparecer casi cotidiano, como la forma en que nos sentimos instalados en el vivir todos los días.

Allí aparece nuestra interrogación. Gabriel Marcel ha remarcado muy bien cómo la función interrogadora es el privilegio del hombre y constituye el signo de su propia vocación. Y es el yo insertado en el ser, siendo el mismo, el que se interroga y lo hace, en primer lugar, por los fenómenos, por lo que a él aparece.

El hombre es un ser significante, es decir da sentido al mundo<sup>7</sup> y debe buscar y dar significación a sus formas de instalación y expresión. Por ello nuestra referencia es al tiempo humano y al espacio humano, como modos de la vivencia y de la significación del sentido.

Fenomenicamente ambos se nos presentan como continuos en los cuales nos instalamos para existir en el mundo y con los otros. Por lo mismo, desde este punto de vista, su vivencia trasciende el concepto de categoría, en cuando modo de conocer o de ser. La categoría del sentido no puede ser reducida a la categoría del ser. La historia se halla incluida en el campo de la hermenéutica y no en el de la ciencia na-

7 Lacroix Jean: "Historia y Misterio", Editorial Fontanella, Barcelona, 1. ed., 1963, pág. 55.

tural<sup>8</sup>. Por ello, espacio y tiempo no son sólo categorías sino que nos indican un más allá de ellos que vivenciamos en nuestro existir, aunque no podamos tematizar.

Nuestro trabajo tiene como objetivo reflexionar en torno a este vivenciar y este expresarse, dando pautas que nos permitan buscar su significado para el existir concreto del hombre concreto.

## Del espacio y del tiempo

La naturaleza se nos presenta como encajada en el espacio y en el tiempo. Esas son las condiciones universales del ser y el teatro en el cual se desarrollan las existencias, donde se producen los hechos. La unidad del mundo significa que entre todos los entes corpóreos existe una concepción espacio-temporal, causal y de ordenación. De ello resulta que todos estos cuerpos, en sí o en sus acciones, son fundamentalmente experimentables para un ser sensitivo perteneciente a este mundo.

El universo accesible a nosotros está ordenado. De ahí la voz griega: Cosmos, que significa orden, y el orden es lo preponderante sobre todo en la naturaleza. Decimos que hay orden dónde hay una pluralidad de miembros, elementos o partes, que están gobernados por una ley, un sentido o una unidad.

Así el ente natural se nos aparece como "ser extenso según su realidad existente (in-tensa) necesariamente con-otros (extensa)"<sup>9</sup>. Por la extensión las partes de un ente corpóreo están en el espacio más juntas a las otras y corresponden a las partes del mismo (espacio). Por el tiempo se nos manifiesta como en un ahora existente en todo su ser.

Cada uno de los hombres que conocemos es también una unidad porque tiene una determinada complejidad espacial. Y en el tiempo ese hombre es el de ayer porque tenemos recuerdos y expresiones análogas. Instintivamente unificamos en el tiempo. Tenemos experiencias de continuidad porque hemos visto perseverar<sup>10</sup>.

Toda experiencia tiene no solamente un "horizonte interno" sino también un "horizonte externo", en cuanto se hace referencia, más allá de sí mismo, a una esfera

8 Cassirer, Ernst: *op. cit.*, pág. 287.

9 Bolzán J. E.: "¿Cantidad o extensión?", *Revista Sapientia*, Universidad Católica Argentina, n. 176, 1990, p. 130.

10 Gómez Caffarena José: "Metafísica fundamental y trascendental", texto ad instar manuscriptorum multiplicatus, Alcalá de Henares, España, 1966, p. 96.

de "co-objetos" y finalmente a la totalidad de los objetos: a la totalidad del mundo en cuanto "abierto horizonte de la espacio-temporalidad"<sup>11</sup>.

De allí que toda nuestra experiencia aparece como determinación del "aquí" espacial y del "ahora" temporal (*ubi et quando*) y ella incluye, de manera especial, la experiencia que tenemos de nosotros mismos, que nos sentimos como seres en el espacio y en el tiempo.

El hombre particular se encuentra situado dentro del proceso espacio-temporal y participa de este proceso en virtud de su corporalidad. Pero, simultáneamente, el hombre trasciende ese estar ligado al proceso espacio-temporal en virtud de su espiritualidad<sup>12</sup>.

Cada uno se experimenta como el ser que carga, irremediablemente, consigo, mediante continuos actos de fundamentación y de sentido que se dan en una reflexión identificatoria que incluye su geografía espacial y su historia personal. El cuerpo como espacio representa, por ejemplo, el topos intrasférico de la orientación cotidiana<sup>13</sup>. El tiempo aparece como posibilidad revelante de cada uno de nosotros que somos lo revelado, ya que el presente es lo que somos y el futuro lo que esperamos ser. El tiempo revela el ser que vengo a ser con la carga de significaciones antiguas que todavía soy.

Por ello la significación de estas coordenadas de nuestra experiencia se estrechan con la percepción psicológica, aunque sean más que ella. La esencia del espacio, psicológicamente considerado, es su relación con la persona. Los acontecimientos son distantes cuando no hay esta relación, son próximos cuando existe. El tiempo, en psicología, es personal, no cronológico. Un tiempo "lejano" puede aparecer cercano subjetivamente o al revés.

Subjetivamente, el tiempo y el espacio se fusionan. Fijamos las experiencias viéndolas como aquí y ahora o como allí y entonces. Esta fusión personal es muy distinta de las abstracciones normales en el psicologismo, cuando clarifica separadamente la percepción del espacio y la percepción del tiempo<sup>14</sup>.

Hay un espacio: mi espacio. Los objetos que veo, los objetos que toco, los sonidos que oigo, todo se relaciona con el yo... y lo mismo sucede con el tiempo como vivencia. Hay un tiempo que es mi tiempo... La continuidad de mi trayectoria en el

11 Coreth, E. "Metafísica", Ediciones Ariel, Barcelona, 1964, p. 88, citando a Husserl.

12 *ibid* p. 386

13 *cfr* Giannini Humberto *op. cit.* p. 133.

14 Allport, Gordon: "La personalidad: su configuración y desarrollo", Edit. Herder, Barcelona, 7. ed., 1980, p. 345.

mundo no puede comprenderse sino mediante el conocimiento de los nexos, de los actos de un yo relacionante al que pertenecen los registros de nuestra biografía personal<sup>15</sup>.

Incluso, desde el punto de vista del hombre como abierto a la realidad de los otros, el "espacio-tiempo" en el cual situamos toda "realidad" aún la "realidad" histórico-social misma cuando la colocamos como simple exterioridad más o menos compacta, no puede ser definido, identificado, comprendido, fuera del proyecto institucional que estructura cada "punto de su configuración"<sup>16</sup>.

Todo ente particular, y en especial el hombre, está puesto en la totalidad del espacio y del tiempo, dentro de la cual -por necesidad de su esencia- todo lo material se refiere espacial y temporalmente a todo lo demás y, por razón de ello, tiene con todo, su propia situación espacio-temporal relacionante. Esta es la última determinación en virtud de la cual queda puesto en determinada singularidad y se contrasta de los demás particulares<sup>17</sup>.

Toda nuestra experiencia se sitúa en estas coordenadas y no puede escapar a ellas, aun cuando conociendo puede -más allá del aquí del ahora- anticipar más allá del espacio y puede, retro-aprehendiendo el pasado, anticipar el futuro. En la realización de la libertad alcanza valores de validez absoluta y, por lo tanto, supratemporal y supraespacial<sup>18</sup>.

Nuestra primera percepción de la realidad en todas sus formas es, pues, espacio-temporal. En ella nos percibimos a nosotros como viviendo inmersos en la realidad de un espacio determinado y de un tiempo determinado, aunque ambos, a más de su íntima relación en nuestra vivencia experiencial tengan, para nosotros, como sujetos, una realidad distinta.

## Del Espacio

Los entes materiales particulares tienen su última determinación en la referencia mutua. Cada singular se refiere a todos los demás y se contrasta de todo lo demás, está claramente determinado en la referencia a los demás, y por razón de ello -

15 Gianni, Humberto *op. cit.*, p. 129.

16 Ferrel G. "Estructura de la temporalidad y realidad social", *Revista Stromata*, Universidad del Salvador, San Miguel, Argentina, n. 1-2, 1985, pág. 49.

17 Coreth, E. *op. cit.*, p. 356.

18 *ibid.* pág. 386.

no sólo en sí, sino dentro del conjunto de la estructura de referencia de todo lo material- tiene su determinación propia<sup>19</sup>.

Así, toda nuestra primera percepción de la realidad tiene relación con lo espacial. Es por ello que este concepto es objeto de determinación en cuanto representación de imaginación (informa necesariamente todas las representaciones sensoriales del mundo externo), en cuanto concepto (relación de representación con extensión de los cuerpos) y en cuanto objeto (ente de razón cuyo fundamento real está constituido por la extensión de los cuerpos)<sup>20</sup>.

Por lo mismo, en nuestra experiencia inmediata, así como en todo intento de definición o de tematización, dice referencia directa con la extensión<sup>21</sup>, pero también percibimos que, aunque guarda relación con ella, en los cuerpos reales, no son coincidentes. Lo real tiene extensión, y así lo percibimos primariamente, aunque también nos damos cuenta que no se puede reducir la realidad a la res-extensa.

Nuestra misma experiencia nos parece indicar que la extensión aparece, a su vez, unida a la cantidad. La cantidad existe en unión con la cualidad. La materia, extensa y cuantificada, es siempre determinada de tal o cual manera, en virtud de la cualidad que se encuentra en ella; y la materia, activa y cualificada, es individualmente ésta, en virtud del puesto que ocupa en el espacio. La interpenetración de la cualidad y la cantidad en una misma cosa individual impone a ésta dimensiones determinadas, una figura característica que determina su naturaleza<sup>22</sup>.

La mensurabilidad del espacio descansa, precisamente, en su relación a la extensión, que es tridimensional. Toda realidad material está vinculada a las que la rodean, en virtud de su extensión en el espacio. Es imposible extraerla del orden físico y aislarla; porque es, precisamente, el principio fundamental de la cantidad el que constituye la razón de su individualidad. Por tanto, esta cosa es totalmente dependiente de sus relaciones con las realidades circundantes: no se la puede indicar más que situándola (situs), indicando su puesto en el tiempo y en el espacio; en otros términos, determinando dónde (ubi) y cuando (quando) se presenta, a qué distancia se encuentra de los demás movimientos del tiempo y de los demás lugares del espacio.

19 *ibid.* p. 356.

20 *cfr* Brugger Walter: "Diccionario de Filosofía". Edit. Herder Barcelona, 4. ed., 1963, p. 177.

21 Por ejemplo: Morán, J.G. ("Cosmología", Buena Prensa, México, 1944, p. 98) lo define como: "corpus ratione extensionis occupat naturaliter spatium, suasque partes partibus illius commensurat...".

22 De Raeymacker, Louis: "Filosofía del ser", Edit. Gredos, Madrid, 1956, p. 290.



Para decir "lo que" sucede en el orden material es necesario precisar "dónde" y "cuándo" sucede.<sup>23</sup>

La experiencia inmediata nos muestra que los cuerpos tienen extensión y, por ello, ocupan espacio. Tienen partes que subsisten en la dispersión del espacio extra-puestas y yuxtapuestas<sup>24</sup>. El espacio, nos dice Leibniz, es el orden de las coexistencias de los entes que son simultáneas.

La extensión constituye la naturaleza del ser corpóreo y, por ello, del mundo. El espacio aparece, pues, como el lugar privilegiado de la actividad corpórea. Con ayuda del concepto de espacio se expresan las distintas clases de presencia espacial. Un cuerpo está presente en el espacio cuando existe realmente con su extensión.

En cuanto concepto, y debido a su fundamento real (extensión de las cosas), podemos, con él, formular proposiciones ubicativas: posición, distancia.<sup>25</sup> En el espacio tenemos la experiencia de las cosas que se despliegan ubicándose. La distribución existencial de la realidad hace posible la apreciación de ella de diversas maneras, una de las cuales es el lugar. El lugar es una de las formas de existir de lo existente.

Cuando ubicamos entregamos, por tanto, una estructura topológica distinta de la estructura métrica, que entregamos cuando medimos. El espacio me permite tener presencia circumscriptiva y estar ubicativamente. En él todo ocupa lugar, que aparece como posición determinada en el espacio. También yo me experimento ocupando un espacio (ubi) y teniendo un lugar (situs).

La ubicación, por lo mismo, da un lugar, que aparece como determinación local objetiva de cada ente; manera local de existir que corresponde a su ser, posición en el espacio, aunque no toda ubicación es, necesariamente, extensión, como, por ejemplo, experimentamos en los actos que señalamos como espirituales.

23 cfr *ibid.* pág. 291.

En el análisis del concepto se mantiene el concepto de espacio como una especie de "continente universal" de los cuerpos físicos, que se hace manifiesto a partir de las ciencias, en el Renacimiento. Newton señala que el espacio es una realidad en sí, en la que se ubican las cosas y sus movimientos. Los cuerpos no son espaciales sino que se mueven en el espacio. Leibniz señala que el espacio es una relación, un orden de fenómenos coexistentes, y es una cosa ideal al igual que el tiempo, mientras que para Kant es una representación necesaria a priori, que sirve de fundamento a todas las situaciones externas y, por lo mismo, es "condición de posibilidad de los fenómenos" (cfr. Ferrater Mora *op. cit.*). Así las definiciones, desde diversos puntos de vista, fundamentalmente cosmológicos o gnoseológicos, son diversas.

24 Coreth, E. *op. cit.*, p. 415.

25 En la cosmología clásica se dice que el espacio existente en sí es ente de razón cuyo fundamento está constituido por la extensión de los cuerpos.

Por el movimiento experimentamos que un cuerpo cambia de lugar sin abandonar el espacio. Por modo natural a cada cuerpo le corresponde, en el espacio, una sola presencia. Por ello sentimos que el movimiento, unido al espacio, es forma de la presencia y, en su aspecto espacial, es síntesis de la partida y la llegada.

Así, pues, la elaboración del concepto de espacio está vinculada a la existencia objetiva de los objetos externos. Del ser concreto del objeto depende que exista aquí y no en alguna otra parte. El espacio es la percepción de las cosas sensible (incluso el cuerpo propio) en su estar extendidas espacialmente, en su estructura y en la distancia que las separa unas de otras y de nosotros<sup>26</sup>.

Por ello, a veces, se lo confunde con el mundo aunque éste no es un conjunto de cosas físicas, ya que incluye, también, lo histórico y lo social.<sup>27</sup> El mundo no es una cosa ni una suma de cosas; es el ámbito o dónde "en" que están las cosas y en que estoy yo<sup>28</sup>. Yo existente entre existentes, ser entre seres, real entre realidades, me encuentro en este lugar a estos seres en este momento. Así puedo analogar mundo y espacio.

El espacio es entonces como el entorno (*Umwelt*), que es un espacio vital perfectamente limitado sobre el que se establece de forma específica un ser vivo. El Mundo (*Welt*) es un horizonte vasto que rompe toda limitación precisa.

El animal está ligado a un entorno no sólo por su peculiaridad biológica sino también en razón del modo de percibir las cosas y de la forma específica con que reacciona ante ellas. Es un ser ligado al entorno porque está ligado al instante. El hombre puede destacarse de su entorno, puede crear distancias, es capaz de acomodarse en cualquier momento a otras condiciones ambientales. Toda su conducta está, fundamentalmente, abierta más allá de un determinado entorno, es más móvil, modelable y adaptable que la de cualquier animal. No está irremediamente vinculada a un entorno delimitado con rigidez. En este sentido está "libre del entorno" y, por lo mismo, "abierto al mundo". Por encima de su propio marco tiene un mundo abierto de par en par<sup>29</sup>.

26 cfr Brugger, W. *op. cit.* en la voz correspondiente.

27 A veces, en forma análoga, hablamos de otras formas de espacio, como cultural, personal, histórico, vital, etc...

28 Marías, Julián: "Antropología metafísica". Alianza Editorial, Madrid, España, 1983, p. 93.

29 Coreth, Emerich.: "¿Qué es el hombre?". Edit. Herder, Barcelona, 3. ed., 1980, p. 101 y 99.

La orientación en el espacio depende estrictamente de la percepción que se tiene del propio cuerpo. El cuerpo ocupa espacio y el hombre expresa el espacio en su corporalidad. Lo espiritual no es espacial. Estos espacios, por ello, dependen, también, de los sentidos, y así hablamos de espacios táctiles, visuales, etc..., los que son más amplios o limitados según el órgano percipiente.

Hay un espacio fenoménico externo, y hay otro espacio fenoménico propiamente nuestro. Valiéndonos, sobre todo, de los datos sensoriales cinestésicos, táctiles, articulares, construimos este espacio externo y lo construimos en relación con nuestro propio espacio, o sea con el esquema representativo de nuestro cuerpo<sup>30</sup>.

En el espacio real objetivo aparecen las percepciones. Lo percibido en el espacio está objetivamente fuera del sujeto, es espacio externo, pero subjetivamente pertenece a su espacio personal y, por ello, forma parte del esquema representativo que se hace de su propio cuerpo<sup>31</sup>. Entre ambas formas de espacio, espacio externo y representación de espacio personal, o sea ocupado por nosotros, existe, sin embargo, una relación de interdependencia.

"Espacio externo" y "espacio de nuestro cuerpo" no son dos realidades distinguidas claramente, sino dos realidades en relación recíprocamente dinámica y continuamente mutable; esta relación se realiza mediante nuestra motricidad, gracias a la cual nosotros, por decirlo así, salimos de nosotros mismos para entrar en el mundo externo, o bien según la cual el mundo externo "entra" en nosotros en la esfera representativa de nuestro cuerpo. Por lo tanto la motricidad nos ofrece los datos para la construcción cognoscitiva del mundo externo. No existe un espacio sobre el que actuamos y otro que nos representamos<sup>32</sup>.

En definitiva, el espacio aparece como el lugar de expresión de nuestra geografía entre las cosas y entre nosotros. Las estructuras fisiológicas y biológicas del cuerpo orgánico y objetivo entran en el significado humano del cuerpo, pero no pueden por sí solas expresar ni garantizar el significado humano y sin embargo, el cuerpo, ocupando un espacio, es expresión, presencia, lenguaje, principio de instrumentabilidad y límite<sup>33</sup>.

30 Gemelli, Agostino y Zunini, Giorgio: "Introducción a la Psicología", Editorial Luis Miracle, Barcelona, 5. ed., 1964, p. 217.

31 *ibid.*

32 *cfr. id.* p. 218.

33 Gevaert, Joseph: "El problema del hombre" Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1978, p. 92 y ss.

Lo que caracteriza la presencia humana (prac-esse: estar en presencia temporal) y la distingue del presente cronológico (tiempo objetivo y matemático...) y espacial es su orientación hacia ... que es orientación hacia los demás seres humanos<sup>34</sup> y hacia lo que trasciende el yo puramente fáctico.

Ello sucede en la percepción del espacio. Estoy aquí y me encontraba allí; el aquí y el allí se oponen lo mismo que el ayer y el hoy. Esto no impide permanecer siempre el mismo, aquí, allí y en todas partes. Donde quiera que me encuentre, mi conciencia atestigua la presencia persistente de un mismo yo; al cambiar de lugar no cambio de identidad. Por consiguiente, escapo a la ley de la dispersión espacial de la materia y, encontrándome corporalmente en un lugar determinado, me elevo en espíritu a un punto de vista que trasciende toda relatividad espacial. Desde allí arriba domino el espacio en su conjunto, puedo analizarlo y capto las relaciones que abarca. En el foco de la conciencia evoco la síntesis del espacio y percibo, espiritualmente, los elementos que la componen<sup>35</sup>.

### Del espacio al tiempo

El espacio implica un estar junto con otro en la extensión. El tiempo supone un estar después de otro en la duración o sucesión. Por ello "estar en un lugar" significa aquí o allá, y responde a la pregunta ¿dónde?, mientras "estar en el tiempo" significa estar antes o después, y responde a la pregunta ¿cuándo?. Así, ambos determinan la estructura topológica de la realidad en su modo de ser espacial y temporal.

Sin embargo su significación es, desde muchos puntos de vista, distinta, aún cuando ambos se refieren a modos de estar. La distancia es trayecto y, por ello, implica tiempo, pero la temporalidad es omniabarcante y, por ello, de mayor extensión que la espacialidad, a más de tener un significado de sentido que es distinto.

El hombre es un estar volcado hacia la percepción de lo extenso. La "existencia," en este aspecto de disgregación en razón de su temporalidad, está condenada a "tomarse un espacio", a pesar de lo cual su vivencia primera y originaria es de tiempo.

Únicamente porque la existencia se realiza en el flujo del tiempo, puede admitir en el espacio y en el tiempo diversos estados en la sucesión de sus diversos momentos temporales e, incluso relaciones determinadas sólo espacialmente diversas con respecto a otros entes. Ahora bien, todo el mundo experimentable del ser mate-

34 id. p. 95.

35 De Raeymaeker, Louis, *op. cit.*, p. 15.

rial se realiza en un movimiento permanente espacio-temporal. Por lo tanto todo este mundo estriba esencialmente en la sucesión del tiempo<sup>36</sup>.

El ente material aparece, así, como un "siendo desde dentro hacia fuera", cual una dis-tensión o desplegamiento que lo lleva, desde su prístina in-tensidad de ser, a su actual ex-tensidad de con-ser<sup>37</sup>.

Es por ello que el ser humano se experimenta como ex-tenso, pero en una in-tensión fundamental que se vive temporalmente en la búsqueda de su propio ser. Mi manera de estar es haciéndome, es viviendo. Así me "instalo" no como detenido sino a partir de un "desde" que hace posible todo movimiento.

## Del tiempo

La experiencia de la duración es lo mismo que la de la permanencia en el ser<sup>38</sup>, siendo la duración sucesiva el modo propio de permanecer en la existencia del ser material. El ser aparece así como dinámico. El ente es y durante<sup>39</sup>.

Y, sin embargo, el tiempo surge a través de todo intento como lo difícil de decir. Yo sé lo que es el tiempo, pero lo sé sólo cuando no tengo que decirlo: "Cuando no me lo preguntan, lo sé; cuando me lo preguntan, no lo sé"<sup>40</sup>.

Del tiempo real, identificado con la duración o ser de los entes materiales, debe distinguirse cuidadosamente el concepto de tiempo, que nuestra mente elabora a partir del tiempo real, abstrayendo la duración sucesiva de los seres concretos que duran, y otorgándole una regularidad uniforme, inspirada en los movimientos siderales. Este tiempo, que pensamos como coexistiendo y midiendo la duración real, el tiempo real, de los seres concretos, no es real, no existe fuera de nuestra mente: es un ente de razón, elaborado por nuestra inteligencia sobre el fundamento del tiempo real, por abstracción del mismo<sup>41</sup>.

36 Coreth, E.: "Metafísica" *op. cit.*, p. 403.

37 Bolzán J. E. *op. cit.*, p. 129.

38 Denzi, Octavio: "Ser y duración" *Revista Sapientia*, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, n. 139, 1981.

39 Bolzán J. E.: "Hacia una ontología del tiempo", *Revista de Filosofía*, Universidad Iberoamericana de México, n. 76, 1993, p. 86.

40 San Agustín: "Las Confesiones" c. XI.

41 Denzi, Octavio: *op. cit. passim*.

Se hace necesario distinguir el tiempo físico, que es propio de cada cosa o acontecimiento y, por lo mismo, tiempo concreto y propio, del tiempo imaginario que es el esquema general, abstracto, en que se aloja todo.

El tiempo, en la representación tradicional, tiene un ritmo que está dado por el fluir del día y de la noche, la alternancia de las estaciones, el movimiento de los péndulos, el inexorable fluir del reloj de arena o la marcha de los relojes...

Todas las cosas tienen su propia temporalidad, en tanto son entes individuales, y esa temporalidad aparece como irreversible. La irreversibilidad es una propiedad común a todo el universo. Todos envejecemos en la misma dirección. Es por ello que el tiempo se nos manifiesta como un continuo en el que es difícil discernir si se pueden aplicar categorías como cantidad o cualidad de los entes<sup>42</sup>.

Como duración, el tiempo no es privilegio del hombre. Sin embargo, la temporalidad sensible está, en él, penetrada de espiritualidad y la conciencia del tiempo es, en él, muy diferente de la que podemos suponer en lo animales<sup>43</sup>.

42 cfr. Augusto Pescador Prudencio: "El espacio, el tiempo y el fundamento de las ideas", *Cuadernos de Filosofía*, Universidad de Concepción, Chile, n. 5, 1976.

Ilya Prigogine: "El nacimiento del tiempo", *Revista Universitaria*, Universidad Católica de Chile, Santiago, n. 38, 1992.

La definición o descripción del tiempo es diversa, al igual que la del espacio, según el punto de vista del análisis del mismo. Aristóteles, en la *Física* (Phys. IV, 13, n.9), lo describe diciendo que "el tiempo es el número del movimiento según lo anterior y lo posterior", con lo que la física aristotélica constituye, en este aspecto el origen común de las diversas formulaciones clásicas fundadas en la experiencia inmediata de la temporalidad óptica (cfr. Ferreol, *op. cit.* p. 51), aún cuando su definición de tiempo como duración sea más bien un concepto físico-matemático, en cuanto mensurable, más que significativo. Según ello se lo ha definido como "duratio sucesiva propria corporum" y aparece unido al movimiento: "patet tempus neque esse motum, neque sine moti esse" dice Morán, citando a Aristóteles (Morán *op. cit.*, p. 175 y 178). Para Duns Scotto lo "material" del tiempo, es decir el movimiento, se halla fuera del alma, pero lo "formal" del tiempo, esto es la medida del movimiento, proviene del alma. Newton lo señala como realidad absoluta y Leibniz como relación, orden de sucesión. En Kant aparece como condición de los fenómenos y no como cosa en sí. Para él este concepto tiene que ser una representación necesaria que subyace en todas nuestras intuiciones como forma de intuición a priori. Ello no significa que sea meramente subjetivo, en el sentido de ser la experiencia vivida de un sujeto humano. En Hegel prima el aspecto de devenir como manifestación de la idea. (cfr. Ferrater Mora, *op. cit.*, p. 411 y ss) Hoy la temporalidad adquiere nuevas dimensiones, en las filosofías de Bergson, Husserl o Heidegger, entre otros (cfr. Schmidt Andrade Ciro E. "El concepto de historicidad en Ser y Tiempo de Martín Heidegger" *Revista Pensamiento*, Madrid, España n. 160, 1984).

43 De Finance, Joseph: "Essai sur l'agir humain", Presses de L'Université Grégorienne,

Si hacemos del tiempo algo interno, el alma es su verdadera "medida". El pasado es lo que recuerda; el futuro lo que espera; el presente aquello a lo que está atento; pasado, presente y futuro aparecen como memoria, espera y atención. Las cosas futuras no son todavía, pero la espera de ellas está en nuestro espíritu. Lo mismo ocurre con las cosas pasadas y presentes<sup>44</sup>.

Así el tiempo penetra la intimidad de la vida. El tiempo externo es un esquema ordenador y cronométrico en el que el pasado ya no es y el futuro todavía no es. El tiempo interno, sin embargo, se relaciona con la vida y en él se unen todos "los tiempos". El tiempo interior es la expresión del cambio que realiza un ser vivo en el curso de la vida. La particular relación de la vida con el tiempo estriba en que todo viviente tiene su tiempo propio que pertenece a su intimidad, y que avanza con la vida misma. La vida tiene su realidad en el hecho de que se temporaliza, posee "tiempo interno"<sup>45</sup>. La vida se muestra así como la posibilidad otorgada al individuo, en su unicidad irrepetible, desplegándose en la sucesión temporal, aunque también, para algunos, puede considerarse como posibilidad que se concede sólo a la humanidad en un progreso incesante<sup>46</sup>.

Por lo mismo, la integración de la vida no sólo se da en el espacio sino también en el tiempo. La temporalización de la vida es tanto una anticipación del futuro como una conservación del pasado; expresa el "nexo de integración propio de la vida". Por ello el concepto de presente adquiere una significación muy distinta a la del tiempo externo, en el esquema ordenador con el que trabaja el físico. El concepto puntiforme de instante no puede aplicarse a la vivencia<sup>47</sup>.

El tiempo fenomenológico es el tiempo de la vivencia. Se llama tiempo psíquico a la extensión del tiempo inmediatamente presente a la percepción temporal. Cuando hablamos de la temporalidad de la vivencia queremos decir que la vida anímica no sólo está en el tiempo como lo están todos los objetos de nuestra experiencia externa, sino que ella misma es tiempo, y por así decir, tiempo total como una unidad trinitaria de pasado, presente y futuro. Gracias a sus vivencias el hombre es un ser histórico, un ser cuya existencia se va formando, se va temporalizando en todo momento, es decir se mantiene en aquella región ímite que pertenece tanto al

Rome, 1962, p. 128.

44 cfr Ferrater Mora *op. cit.* voz correspondiente.

45 Lersch Philip *op. cit.*, p. 10. cfr también "La incógnita del hombre" de Alexis Carrel. Editorial Iberia, Barcelona, 10. ed., 1953.

46 Gandolfo Rafael: "La significación del tiempo en la conciencia de la modernidad", *Revista Dilema*, Santiago de Chile, 1973, n. 9, p. 10.

47 cfr Lersch Philip *op. cit.*, p. 11 y 31.

pasado como al futuro. La vida anímica es, como la vida en general, una realidad que siempre se subsigue y que, a la vez, siempre se precede. Es consecutiva y es anticipada. En esto consiste su temporalidad<sup>48</sup>.

Ella es una forma de presencia en toda la realidad de la vida y por ende de lo humano. El dominio del conocimiento se extiende en el tiempo: yo conocía ayer y conozco hoy. Ayer y hoy no son términos sinónimos. Sin embargo, el yo que conocía ayer y el que conozco hoy es fundamentalmente el mismo. Fuerza es admitir que este yo escapa del curso de tiempo, en la medida en que, consciente de sí mismo, se reconoce y se encuentra idénticamente el mismo en los diversos instantes del tiempo o, también, en la medida en que es testigo constante de los acontecimientos que se suceden. Esta es la razón de que yo sea capaz de considerar el tiempo en su conjunto en cada uno de sus elementos; percibo el juego de las relaciones que implica. En el momento presente puedo reconocer el pasado como tal, el presente como tal, el futuro como tal<sup>49</sup>.

El tiempo aparece como un tiempo de duración que significa permanencia en la existencia. La realidad de la vida humana consiste en proyectarse vectorialmente hacia el futuro; yo no soy futuro sino presente y actual o actuante, por tanto futurizo. La vida, por lo mismo tiene una estructura vectorial. Nuestra manera de estar viviendo es hacia adelante, es decir, como proyectados<sup>50</sup>, y la mejor y definitiva manifestación de nuestra temporalidad se revela fundamentalmente ante la muerte y el cuidado, entendido como preocupación ante la realidad y su significación. La temporalidad del ser del hombre es "originaria" en el sentido en que es la temporalización del ser del hombre "preocupado" por su propia posibilidad de ser<sup>51</sup>.

Sin embargo, no bastan los grandes ciclos de la naturaleza para afirmar el sentido propio de la temporalidad humana, al menos por lo que respecta al destino personal: hay que "contar" también con esta pequeña historia de todos los días, ponerla a salvo de aquella temporalidad genérica o pura<sup>52</sup>. En el tiempo ferial estamos volcados hacia una realidad que no es más que la trama de todos los trámites en curso: el mundo. El tiempo no ferial es el de reintegración, tiempo reflexivo y pausa de recogimiento, pues en él la creación humana y civil se recoge continuamente en su

48 *ibid.*

- 49 De Racymaeker Louis *op. cit.*, p. 14-15.

- 50 Mariás, Julián. *op. cit.*, p. 181 y 86.

- 51 *cfr.* Heidegger en su obra "Ser y Tiempo" (*cfr.* Schmidt Andrade, C. *op. cit.*)

- 52 Giannini Humberto *op. cit.*, p. 47 y 50.



origen domiciliario regresando a sí y a la disponibilidad de sí. Este es el sentido del domingo cristiano o del sabbat hebreo.

En este intentar describir el tiempo hemos indicado un rasgo que conviene explicitar: su carácter de histórico. Como el devenir de un ser particular lleva siempre su marca cualitativa individual, cada realidad material se desarrolla siguiendo un ritmo que le es propio, y expresa, por decirlo así, su naturaleza en la curva temporal que describe, fijando en ella los rasgos de su historia: los animales, las plantas y todas las cosas tienen una duración que le es propia. Ello sucede, como ya hemos analizado, especialmente, con el hombre.

El acto humano es histórico, lo que quiere decir que no está ligado al hecho, sino que depende, a cada instante, del sentido que el hombre le dé<sup>53</sup>. La sucesión del tiempo está condicionada también en el hombre por una dirección temporal de pasado a futuro y tiene por lo mismo una carácter irreversible. La vida humana no consta de instantes sino de momentos y, por su carácter temporal y sucesivo, se expresa aconteciendo<sup>54</sup>, en la unión del pasado, presente y futuro, que son expresiones de lo propiamente humano.

El instante constituye un elemento indivisible del tiempo, un corte en el mismo. Puesto que la extensión del tiempo es continua no puede construirse con instantes<sup>55</sup>. Siendo el hombre temporal o proyectante, la anticipación del futuro en el presente, la situación en él del pasado, son las condiciones que le permiten "estar"<sup>56</sup>.

El ser aconteciendo significa, en algún sentido, ser avanzando, y en este avanzar el pasado se conserva a sí mismo. Sigue nuestro pasar en todo momento, irrumpe en cada instante, a la vez que el futuro está siempre prefigurado en él. En todo presente vive todavía el pasado y alienta el futuro.

Por ello el tiempo en el hombre es historia. La historicidad de la existencia se realiza y se actúa en un diálogo fecundo y libre con el pasado ya constituido y heredado, hacia un futuro que está abierto a la novedad y la libertad<sup>57</sup>. Historicidad significa tener futuro.

53 Lacroix, Jean: "Psicología del hombre de hoy" Editorial Fontanella, Barcelona. 2. ed., 1967, p. 116.T

54 Marías, Julián: *op. cit.*, p. 180.

55 Brugger, W. *op. cit.*, voz correspondiente.

56 Marías, Julián: *op. cit.*, p. 87.

57 Gevaert Joseph: *op. cit.*, p. 234.

El ser humano en su existir es, por tanto, una presencia cuyo pasado está constitutivamente abierto hacia el futuro, lo que significa que la innovación y la variación imprimen en la vida del hombre un carácter argumental<sup>58</sup>.

Lo que existe en el tiempo, está en el flujo continuado de la sucesión: en el avance desde el pasado por el presente hacia el futuro. No se posee su existencia concentrado en un ahora permanente, sino en la inmutación y tránsito continuo de los momentos temporales que se van revelando. Lo que antes era ya no es y lo que ahora es antes no era: dentro de poco no será. Pero lo que será, todavía no es ahora. Cada momento temporal viene y se va, se hace y perece, brota del no ser y se vuelve a sumergir en el no ser. Si el ente se da en el tiempo, entonces su existencia se realiza en esa mutación de momentos temporales que se hacen y perecen<sup>59</sup>.

Nosotros no vivimos jamás en el presente. Lo sobrepasamos siempre hacia adelante o hacia atrás, por el temor, la esperanza, el recuerdo, la nostalgia,... El proyecto no es para nosotros un acontecimiento ocasional y circunscrito: nos es consubstancial: nosotros somos, en lo más profundo de nosotros mismos, proyectantes y proyectados<sup>60</sup>.

El pasado y el futuro, como el presente, pertenecen a la misma substancia permanente en el presente: como presente que fue -el pasado-, y como presente que será -el futuro-; pero ambos -pasado y futuro-, como el presente- siempre afectan a la misma substancia permanente en el presente<sup>61</sup>.

Y es el tiempo en el que la vida interior del hombre se expresa. La vida interior necesita ex-presarse, necesita ser rescatada de su pura interioridad y lo hace a través de la conversación, en el tiempo. La conversación es acogimiento en el modo de la hospitalidad humana, para el cual debe crearse las condiciones "domiciliarias" de un tiempo libre (disponible) como de un espacio "aquietado y al margen del trajín"<sup>62</sup>.

Sin lenguaje no hay experiencia del tiempo: sin ésta no se da lenguaje<sup>63</sup>. La palabra como concreta presencia del lenguaje da un ámbito de presencia, al darse al hablante. Mostrar, indicar, permitir aparecer, permitir ver y oír, conceder presencia

58 Marías, Julián: *op. cit.*, p. 183.

59 Coreth, E.: "Metafísica" *op. cit.*, p. 403.

60 De Finance Joseph: *op. cit.*, p. 128.

61 Derisi Oclavio: *op. cit.*

62 Gianni Humberto: *op. cit.*, p. 83-84.

63 Albizu, E.: "Tiempo y lenguaje" *Revista Stromata*, Universidad del Salvador, San Miguel, Argentina, n. 1-2, 1985 p. 84 y 66-67.

y ausencia, imponer y disponer la demarcación del ámbito de presencia, la zona libre en la cual se aclara lo que es, este es el núcleo de la palabra, lo que se da en el lenguaje en tanto habla.

Así toda expresión de lo humano se da en el tiempo y surge como signo de la fugacidad y la contingencia de su existir. En la temporalidad de la existencia captamos algo básico y decisivo como es que esta realidad finita que somos no se posee a sí misma "toda en conjunto", sino que se va poseyendo<sup>64</sup>. El tiempo es el modo de existencia de un ser que no se da completamente a sí mismo, que es a la vez actividad y pasividad, que recibe la posibilidad de hacerse.

Es por ello que todo lo que perciba el ser humano tendrá que ser de algún modo temporal, tendrá que venir a insertarse en esta toma de conciencia progresiva de un ser que yo voy realizando. La condición electiva, decisiva de la vida humana, fundada en la motivación y la proyección, impone la estructura de los momentos integrantes de la vida.

Desde lo anterior también podemos percibir que el tiempo, en lo humano, está ligado directamente al trabajo, nace del intervalo entre el esfuerzo y la obra. Es una especie de jadeo tras el ser<sup>65</sup>. Si el hombre es proyecto, el trabajo es el signo de su inacabamiento y por ello es esencialmente temporalizante. Por ello es esencial a la condición humana y se expresa también en espacios temporales particulares que son los tiempos laborales. El trabajo es ser para otros a fin de ser para sí, en un tiempo externo y mediatizado. Tiempo ferial, lo llamamos en contraposición al tiempo festivo y domiciliario<sup>66</sup>.

El tiempo es presencia y ausencia en sus diversos modos, venida ya consumada, venir cumpliéndose, llegada o arribo. El ser es el tiempo y el tiempo es el ser en la identidad insistente de la presencia<sup>67</sup>. Por todo ello, el tiempo humano no es una mera cantidad sino un tiempo con o sin significación, un tiempo que falta, o que sobra en el aburrimiento, y que por lo tanto adquiere diversas formas de sentido.

Vivido sin conciencia es tiempo vivido en el aburrimiento, en el sin sentido del despliegue del propio ser, en la monotonía. La conciencia aburrída ha profundizado un paso hacia la última y personal verdad: es horror de sí misma<sup>68</sup>.

64 Gómez Caffarena, José: *op. cit.*, p. 319.

65 Lacroix Jean: "Psicología..." *op. cit.*, p. 112.

66 Giannini, Humberto: *op. cit.*, p. 27.

67 Ferreol *op. cit.* p. 50.

68 Giannini, Humberto *op. cit.* p. 195.

Rutina proviene de ruta, pero aunque, originariamente, se refiere a espacios, en su significación queremos hacer referencia a tiempo. Más que describir un espacio, señala el tiempo que vuelve a traer lo mismo<sup>69</sup>. Consiste, por lo mismo, en una suerte de absorción de la trascendencia del futuro y del pasado, absorción en la normalidad de un presente continuo e idéntico a sí.

Es común en la vida de todos los días escaparnos por el camino de la fácil identidad, del apego a lo que somos, escapar a la exposición que podría ocurrir si estuviéramos disponibles para ello. Lo más común en la vida es saltar, simplemente, del pasado al futuro. O bien, deslizarnos por el presente como por un punto inextenso en el que se funde un pasado sin gloria con un futuro sin trascendencia. Este último es el aspecto esencialmente rutinario de la vida cotidiana<sup>70</sup>.

El aburrimiento es el tiempo del vacío, del sin sentido de nuestras horas, y, sin embargo, es posible elegirse en el sentido, al encontrar la voz de la conciencia que llama a la posibilidad de ser sí mismos. Es posible escuchar el silencioso llamado que viene del fondo del existir. En el ir viviendo al día, en el complacerse en lo habitual, en el tomar en su monotonía lo que nos trae cada día, se puede descubrir significados que plenifiquen cada momento, incluso aquellos que parecen vacíos.

De allí que el temor y la esperanza sean expresión de la temporalidad. La existencia humana, que es contingencia y temporalidad, se puede vivir desde la monotonía<sup>71</sup> o desde la nostalgia, el sentido, la intensidad y la esperanza. El hombre es un ser de nostalgia, porque es un ser temporal y tiene conciencia de ello, experimenta su temporalidad como una herida. Su conciencia ambivalente hace que se perciba como finito en lo propio y como infinito en aquello que lo supera. Por ello siente que domina el tiempo y es dominado por él.

El tiempo es el horizonte trascendental de la pregunta por el ser, por el sentido. Es nostalgia de algo que supere la relatividad y la fugacidad del yo individual. Es anhelo de absoluto. Así, por ejemplo, el pensar sobre la verdad es un proceso que dura, pero la verdad en sí es ajena al tiempo. La atemporalidad de la verdad es la experiencia de la finitud de mi propio tiempo.

Por ello tiempo no es sólo devenir sino, en el hombre, es germen de sentido y de absoluto. El concepto de absoluto contiene ya el factor de supratemporalidad. En la medida en que la pregunta por lo absoluto pasa a constituir la forma bajo la cual

69 *ibid.* p. 22 y 37.

70 *ibid.* p. 144.

71 *cfr.* Schmidt Andrade, Ciro E.: "La forma de lo cotidiano en Ser y Tiempo de Martín Heidegger", *Revista de Filosofía*, Universidad Iberoamericana de México, 1992, n. 73.

el hombre vivencia su hallarse abierto al mundo, la tendencia de la transitividad adquiere la temática de la destemporalización. Nos aparece como impulso artístico, como aspiración metafísica y como búsqueda religiosa<sup>72</sup>.

El tiempo humano no es homogéneo a la manera del tiempo matemático: no ofrece solamente diferencia de densidad psíquica que se pueden reconocer en la duración animal. Presenta verdaderos niveles cualitativos. Por momentos parece degradarse hasta alcanzar el ritmo de las cosas y en otros, al contrario, parece "suspender su vuelo" -cuando el alma se abre a estos valores y a estas verdades sobre las cuales no cabe sucesión. De ordinario, se ubica, oscilando, en una región media. La "dimensión" antes-después que lo constituye como tiempo en general está afectada, en el hombre, por una "dimensión" perpendicular, si se puede decir así, que va desde el exterior al interior, de la dispersión a la unidad<sup>73</sup>.

En los objetos vemos un tiempo cronológico, pero no insistencial. Los tiempos del sujeto, en la cronología, son los del objeto, por ejemplo en el devenir de las estaciones. Sin embargo, el tiempo propiamente humano es el tiempo de la "intensidad", que significa el tiempo de lo vivido en el sentido, en la significación. Es por ello que podemos decir que tenemos una doble experiencia de tiempo. Lo sentimos vivido a la manera de los objetos, como cronológico, o desde los sujetos, como insistencia, en tanto manifestación de que en él, como seres históricos temporales, hacemos nuestra existencia en la proyección de un sentido.

La temporalidad lineal es dispersiva e histórica, y frente a ella aparece la cósmica que avanza regresando hacia "lo eterno" y "lo mismo", el principio que es también el fundamento. Esto que va quedando históricamente atrás, en el práctico interés de "ganar tiempo" en un mundo más exclusivamente humano, no queda definitivamente perdido. Aquella preocupación, llamémosla "litúrgica", patente en la estructura de los mitos, va a continuar, de alguna manera, a través del pensamiento que proviene de ellos: la filosofía<sup>74</sup>.

## Conclusión

Tiempo y espacio son así los límites de lo humano. Estoy en el tiempo y el espacio y no puedo sacar mi inteligencia de allí. Mi libertad es siempre una libertad condicionada, es decir, una libertad en situación.

72 Lersch Philip *op. cit.*, p. 170.

73 De Finance Joseph *op. cit.*, p. 128.

74 Giannini, Humberto *op. cit.*, p. 45.

Sin embargo, ambos tienen un sentido distinto. El espacio es la realidad de la extensión y, por ello, de la ocupación en su forma más directamente material. El tiempo es la realidad de la in-tensión y, por ello, de la significación, en referencia a lo más propiamente espiritual. El hombre es trascendencia en cuanto tendencia y por ello es insatisfacción y anhelo. Para esta insatisfacción parece existir un doble fundamento; la vivencia de la individuación, de la finitud en el espacio, y de la fugacidad, de la individuación en el tiempo. Estos dos factores juntos constituyen lo que podríamos llamar la "excentricidad" de la existencia humana<sup>75</sup>.

Tiempo y espacio son esencialmente unificadores. Las realidades no podemos concebirlas como unificadas si no tienen entre sí una determinada unidad espacial y temporal. Por ello son unificadores del mundo en su conjunto, de la percepción del hombre y de cada hombre, ya sea como cuerpo o como presencia.

Lo infinito está constituido por elementos finitos, en algún particular orden. En relación al espacio los diferentes lugares que comprende se limitan unos a otros; pero el conjunto de todos los lugares posibles no puede ya estar limitado por otros lugares: es ilimitado. Lo mismo sucede con el tiempo: cada momento está limitado por el que le precede y por el que le sigue; pero el conjunto de todos los momentos no está precedido ni seguido por ningún otro, no está limitado por nada, es ilimitado<sup>76</sup>. Sin embargo lo infinito, lo absoluto, aquello hacia lo cual se proyecta el existir humano supera cualitativamente toda posible "acumulación" de partes.

Es por ello que hemos señalado la realidad humana como instalación que se proyecta en forma vectorial. El concepto de estructura vectorial es el reverso del de instalación. No tienen sentido el uno sin el otro: se son recíprocamente. Sólo desde una instalación pueden lanzarse las flechas protectoras de la vida humana<sup>77</sup>. Y todo vector es definido por dos componentes básicos: intensidad y dirección. Mientras el espacio es esencialmente la forma de la instalación, el tiempo aparece como la forma de la proyección, por lo que a él le corresponde, de manera particular, adquirir sentido.

En resumen, espacio y tiempo son referencias de ubicación de cada ser y en particular del hombre. Ellos permiten expresar nuestro "dónde" y "cuándo" que nos permite definir un lugar espacio-temporal. Y, sin embargo, son realidades distintas. El espacio es exterior al hombre. Aún cuando hablamos de espacio interior, lo hacemos sólo por analogía pues esta categoría de lo humano dice referencia a una exten-

75 Lersch Philip.: *op. cit.*, p. 170.

76 De Raeymaeker Louis: *op. cit.*

77 Marías, Julián: *op. cit.*, p. 91.

sión, a un "tender entre", que es exterior al hombre y que implica una tensión básica de su ser. Lo espacial es lo ex-tenso, la tensión exterior (ex-tender). Define la categoría de las cosas, pues el espacio es donde construimos realidades físicas.

El tiempo es interior al hombre. Es cierto que hay un tiempo "geográfico" pero, en definitiva, dice relación a una realidad interior que implica tristeza y nostalgia de lo ya vivido y esperanza de lo por vivir. El tiempo es intensión. Tensión hacia adentro y, por ello, es, esencialmente, insistencia en el estar en sí mismo (in-sistir).

Las horas, los días, los años, se convierten, poco a poco en pasado irrecuperable y la única forma de hacerlos realmente presentes es recobrando el sentido con el cual los vivimos al construir nuestra historia personal. Por eso es importante vivir intensamente todo tiempo y no con la intensidad de lo emotivo sino con la de lo significativo que da peso a cada instante.

Desde la totalidad de significado de una vida cobran sentido todos los momentos particulares que conforman su continuo, incluso aquellos que parecen no tener relevancia y que, en su aparente monotonía, ocupan "espacio entre los tiempos" que nos parecen importantes.